

Adam K. Webb

Nuestro propio sendero

**Una comunidad andina y la
economía de valores del mañana**

Traducción: Miguel Martín

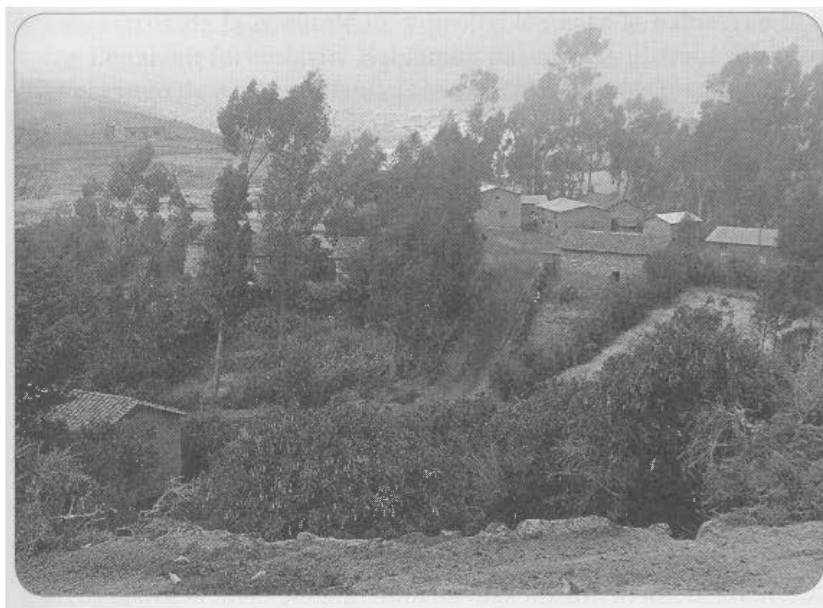
IEP Instituto de Estudios Peruanos

Índice

Agradecimientos	11
I. Grandes preguntas desde un pueblo olvidado.....	13
II. Pequeños mundos, pequeños destinos.....	35
III. Socialismo y tierra arrasada	79
IV. Un regreso esperanzado	127
V. Campesinos del futuro.....	169
VI. Construyendo una economía de valores.....	213
VII. Amanecer en los Andes.....	265
Bibliografía	285

I

Grandes preguntas desde un pueblo olvidado



“Estamos en plena guerra”, concluyó Quintín con naturalidad mientras se ponía de pie y revolvía sus papeles. Hasta hacía un momento había estado tecleando en una máquina de escribir que debía tener treinta o cuarenta años. Quintín era uno de los maestros de la comunidad, y probablemente le había vuelto a tocar llenar un formulario. Habíamos pasado los últimos minutos conversando de a ratos, mientras se oían otras conversaciones y, de tanto en tanto, el aleteo de una que otra gallina en el patio. Pues el escritorio estaba fuera, frente a la típica casa de adobe campesina de una de sus colegas. La falta de luz eléctrica hubiera hecho difícil leer adentro.

Pronto también afuera se haría difícil leer. Ya se ponía el sol por detrás de la casa, y pude sentir el primer fresco de la noche andina. El frío nocturno lo penetra rápidamente a uno a estas alturas. Me ilusioné con la idea de aunque fuera una modesta sopa campesina, tal vez con un plato caliente de arroz y papas. Cocinarían sobre una fogata justo saliendo de la casa, en un rincón donde sobresalía una pared baja de ladrillos de adobe.

A pesar del frío, no me venía nada mal un descanso del sol abrasador del día. Podía sentir el malestar de una quemadura de sol y me habían dicho varias veces que tenía la cara enrojecida. A 3.500 metros sobre el nivel del mar, mucha más luz ultravioleta atraviesa la atmósfera. Y en los últimos días ya había tenido tiempo de sobra para asarme, empezando por las cuatro horas y media de escalada durante la tarde hasta llegar a esta comunidad, por las colinas

y praderas que la separan del pueblo más cercano. No tendría que haber tardado más de dos horas, pero ese cálculo valía solo para los lugareños. Mis pulmones, habituados al nivel del mar, me habían tenido casi todo el camino jadeando y tuve que hacer paradas frecuentes, por más que todavía me faltaran tres semanas para cumplir veinte años.

Era julio de 1995 y esta mi primera visita a Pomatambo. Siendo aún estudiante, había llegado durante el ocaso de Sendero Luminoso, para aprender más acerca de las experiencias y perspectivas del campesinado andino. Tal vez la observación de Quintín de que estaban en una zona de guerra ya no era totalmente correcta; pero lo que tuve que admitir era que como mínimo me topé con los *restos* de una zona de guerra. Los senderistas ya no entraban a las comunidades, por lo general, aunque seguía habiendo cierta actividad en la zona y el estado de emergencia todavía estaba en vigor. Más tarde iba a enterarme de que hacía poco se había divisado una columna de senderistas a unas dos horas de caminata. Sentado allí, al final de la tarde, rodeado por solo el rumor de las conversaciones en idioma quechua y el picotear de las gallinas, me era difícil imaginar lo que esa gente había tenido que pasar en los últimos años. La tranquilidad ocultaba la matanza de un conflicto interno en el que habían muerto o desaparecido alrededor de setenta mil peruanos.

Mi viaje a Pomatambo no consistía solo en internarme en la escena de esos años de turbulencia. Era también una entrada a una pobreza cada vez más profunda. A lo largo de las últimas décadas, el ingreso total per cápita en el Perú se ha mantenido en un nivel medio a escala mundial.¹ Pero el Perú es también un microcosmos del mundo, con un abismo económico entre la costa y la sierra, y entre las ciudades y el campo. Yo había pasado la primera noche en Lima en el exclusivo barrio de Miraflores, donde lentamente se despejaba el humo de quince años de atentados y recelo. Actualmente hay en Miraflores nuevos y relucientes edificios de oficinas y casonas renovadas, signo de una confianza recuperada entre los ricos del Perú.

1. Fondo Monetario Internacional 2007.

Con cada etapa de mi viaje desde Lima, bajaba otro escalón en la parte más pobre y olvidada del país. Primero Ayacucho, la ciudad serrana donde Sendero planificara su levantamiento allá en la década del sesenta. Luego seis horas en un minibús apretado hasta el pueblo de Vilcashuamán. Y por último quince kilómetros a pie hasta Pomatambo, esta comunidad en el corazón del remoto paraje donde Sendero Luminoso se había alzado por primera vez en armas. Ahora me rodeaba la aguda pobreza del campesinado andino. Gente que, sin luz eléctrica ni agua potable, vivía una vida difícil, ganada a duras penas con el trabajo de la tierra, tal como hace siglos.

Pese a la falta de comodidades materiales, los campesinos sentían un feroz orgullo por su comunidad. Los comuneros de Pomatambo la veían como una comunidad central de aquella parte del distrito. Debido a la migración, su población se había reducido durante la violencia de unos trescientos a doscientos habitantes, pero aún tenía más probabilidades que sus vecinas de aparecer en los mapas. Ocupaba entre siete y quince kilómetros cuadrados de tierra escasamente poblada, según cómo se trazaran los límites en disputa con otras comunidades.

No hacía falta mucha imaginación para ver por qué la insurgencia que sacudió al Estado peruano durante quince años comenzó en esta parte del país. Ayacucho se encuentra en “la mancha india” de la sierra del centro-sur, aproximadamente a mitad de camino entre Lima y Cuzco. Figura entre las más pobres de las 25 regiones del Perú, con un nivel de vida común en países como Malí, Nepal o Bangladesh. Durante los años recientes, alrededor de la mitad de la población ha sido rural.² Y la proporción era mucho más alta antes de que el conflicto interno llevara a tantos campesinos a las barriadas urbanas en crecimiento.

Ayacucho, como se llaman la región y su capital de cien mil habitantes, quiere decir “rincón de los muertos” en quechua. Desde hace tiempo se ha hecho notar cuán adecuado es el nombre para una región que tiene una cultura de sufrimiento.³ Hasta la música

2. González 1992: 70.

3. Montoya 1988: 425.